

Emilio Cuervo-Marquez

JOSE ASUNCION SILVA
SU VIDA Y SU OBRA





JOSE ASUNCION SILVA
(1863—1896)

Emilio Cuervo-Marquez

JOSE ASUNCION SILVA
SU VIDA Y SU OBRA

Lectura hecha en la Sorbona de
Paris (Anfiteatro Michelet) en
la noche del 23 de mayo de
1935, ante selecto
y numerosísimo
auditorio.



EDITORIAL „DE FAAM” — AMSTERDAM



OBRAS DEL MISMO AUTOR :

- Tierras Lejanas (Viajes en América, Europa y Oriente)* 2a. edición americana 1 vol.
- La Selva Oscura* (Novelas cortas) 1 vol.
- Le Guide Historique de Paris* (Editions Argo) . . . 1 vol.
- Phinées* (en los tiempos de Cristo), 3a. edición en castellano (Ollendorf). El mismo, traducción francesa de M. A. Héliard. Prefacio de E. Figuière 1 vol.

EN PREPARACION :

- Introducción al estudio de la Filosofía de la Historia* 1 vol.
- Ensayos y discursos* 1 vol.

Ce sont mes éternels désirs de grandeur
qui me tuent.....

Marie Bashkirtseff, *Journal*.



Señoras, señores:

Dos siglos despues de fundada, la noble ciudad de Santafé de Bogotá en cuyo blasón el Rey puso, en campo de azur, el águila negra y las granadas de oro, habia ganado fama de ciudad letrada, y el santafereño, abuelo del bogotano actual, de gustar del epigrama y de los escarceos de la casuística, de la litis y de la politica, como de ello dan fé las Relaciones de Mando virreinales. No en vano su fundador, el animoso don Gonzalo Ximenez de Quesada, había sido, no simple aventurero como tantos otros conquistadores, sino licenciado cordovés, y no en vano tampoco él murio envenenado por los golillas en el ignominioso juicio que ante la Real Audiencia le siguieron por malversación de caudales públicos. El y sus compañeros, entre los que se contaban navarros, castellanos y sobretodo andaluces, imprimieron á la naciente ciudad, entonces y más tarde al importar de la peninsula sus mujeres y haciendas, oidores, escribanos y alguaciles para sus tribunales y religiosos para los conventos que empezaban á fundarse, una modalidad espiritual que aún perdura.

Aquella base racial, sensiblemente modificada por el cruzamiento con la raza aborigen de la altiplanicie, altiva y sumisa

á un tiempo mismo, y en el decurso del tiempo modelada por el medio que habría de servir de escenario á su desenvolvimiento, marca el origen de la mentalidad bogotana; y no me atrevo á decir „colombiana“, pues salta á la vista que diferencias étnicas y de situación geográfica, han creado dentro de la nacionalidad colombiana características divergentes.

A la sombra del convento y de la Real Audiencia; bajo la autoridad del virrey y del arzobispo, del oidor y del prior de convento; entre el papel sellado y el peripato, el olor de incienso y la jicara de espumoso chocolate; conociendo por regocijos populares las fiestas religiosas ó las ofrecidas por el virrey con ocasión del nacimiento de princesas ó jura de monarcas españoles; en lo más profundo de un país montañoso y bravío sin comunicaciones con el mar, á donde no llegaban sino amortiguados de tarde en tarde los ruidos del mundo, como á una cartuja ó fortaleza enclavada en lo más enhiesto de los Andes, se deslizó durante tres siglos la vida de nuestros antepasados. Esos muertos hablan en nosotros todavía.

Y así vemos cómo poco a poco llegó a cristalizarse en éste apartado rincón de América el trasplante de aquella pintoresca y rancia sociedad española que tan bien nos han pintado Goya en sus cuadros, don Ramón de la Cruz en sus sainetes, Becquer y Zorrilla en sus leyendas, y más tarde Pérez Galdos en sus famosísimos *Episodios Nacionales*. En las crónicas de la época, y especialmente en el *Carnero de Bogotá*, de Rodríguez Freile, yacen ricos veneros que no habrían desdeñado explotar los ingenios nombrados.

La guerra de independencia y la libertad que la siguió apenas modificaron las condiciones de vida en lo que hasta ayer había sido capital del virreinato: la naturaleza es lenta

en sus obras y la evolución de los espíritus corre parejas con la de las estratas geológicas. El pensamiento, que acababa de redimirse del peripato como de un aro de hierro que lo oprimiese, buscaba ahora expansión en la lucha política. La imprenta no serviría ya para imprimir novenas y vidas de santos sino para publicar panfletos que herían como dagas: el *Semanario de la Nueva Granada*, del gran Caldas, es excepción de la regla común. Después de diez años de lucha á muerte, el momento no era favorable para la eclosión de la obra literaria. Sin embargo, como estrella errante en cerrada noche, brilló un instante en ésta época Vargas Tejada, el joven conjurado del 25 de septiembre, con *las Convulsiones*, juguete de real valor cómico, que se diría inspirado en Fernández de Moratín. Después todo volvió al silencio.

En el curso de los años siguientes y en el trajín del periodismo doctrinario, los escritores aprendieron á cuidar su estilo y trataron los asuntos más elevados en lenguaje castizo y elegante. Esto hizo decir que en el fondo de todo colombiano existe un gramático y un purista: no en balde fué Bogotá cuna de Venancio Manrique, de Rufino J. Cuervo y de Miguel Antonio Caro. Cabe aquí observar la influencia que el pensamiento francés, á partir de los *Derechos del Hombre* y de la obra de los enciclopedistas, ejerció sobre los escritores colombianos y, en general, sobre las ideas — la Guerra de independencia fué consecuencia de la Revolución francesa — y la que ha sido siempre más honda que la ejercida por los escritores españoles. No que se dejara de leer á Cervantes, á Calderón ó á Lope de Vega, ó que se ignorara á Quintana, á Espronceda ó al duque de Rivas: éstos también tuvieron discípulos é imitadores en el Bogotá de aquella época; pero la influencia de Victor Hugo sobre nuestra naciente litera-

tura fué más grande que la de Zorrilla, y la de Chateaubriand mayor que la de Espronceda y Larra. Quizás débase ésto á que la producción de los unos, múltiple en los diversos campos de la actividad mental, se prestaba á satisfacer todas las curiosidades, en tanto que la de los otros, limitada á la literatura, serviría especialmente de modelo de lenguaje. El predominio de la influencia anotada, persiste hasta hoy.

Fué en el último tercio del pasado siglo cuando ya un tanto apaciguada la serie de tormentas políticas que habían acompañado la organización de la república, surgidas las más de las veces de un batallador idealismo, comenzaron á apuntar los brotes de un movimiento literario, como signos de una sociedad ya refinada. Activo era entonces el comercio de libros con Francia y España. Compañías de teatro extranjeras se habían aventurado á presentar en teatros capitalinos piezas dramáticas y musicales, aplaudidas en escenas europeas. Personas acaudaladas viajaban al viejo mundo y regresaban trayendo sus mobiliarios, sus pianos, sus espejos, su cristal, su porcelana y hasta sus coches y caballos al precio de mil dificultades, pues la mercancía debía subir los empinados Andes izada por cargueros desde el río Magdalena hasta la altiplanicie, lo que significaba que su costo en Bogotá representaba un valor cuatro ó cinco veces mayor que el de la misma mercancía en cualquiera otra capital suramericana. Al establecerse la navegación por vapor en el río Magdalena, el comercio de lujo empezó á importar de Paris y de Londres las últimas novedades de la moda y del buen tono. El que no podía viajar, lo que no era facil aún cuando dispusiera de medios, se consolaba leyendo narraciones de viajes: Amicis, Dumas y Alarcón tuvieron en Bogotá lectores por millares. Una sociedad elegante y exclusiva, que nada tenía que

envidiar á la más exigente de otras partes, abría con frecuencia sus salones en banquetes y saraos, en tanto que en cenáculos más íntimos jóvenes literatos leían sus producciones en prosa y verso. La influencia del segundo imperio se hizo sentir entre nosotros más que en parte alguna de América.

Copiosa fué la producción literaria en ésta época; pero es preciso convenir que en especial la escrita en prosa no resiste análisis crítico: dentro del género llamado „Artículos de Costumbres”, muy en boga entonces, sólo podríamos citar dos ó tres producciones que deban ser recordadas, pero ellas dan la impresión de ser obra de aficionados, cuyos autores hubieran podido dejar obra sólida y realmente literaria si hubieran querido profundizar más hondamente la veta que explotaban, como lo hicieron Díaz, en *La Manuela*, é Isaacs, en *La María*, obras que si bien populares no están exentas de lunares. Pertenecen á ésta época la bella oda de José Joaquín Ortiz, *Los Colonos*, digna de Quintana, y el canto á *La Luna*, de Fallon, digno de Vigny, que pueden servir de exponente del grado de perfección á que había llegado la poesía colombiana. Pero ni Ortiz ni Fallon dejaron por desgracia verdadera obra poética, en el sentido de que hubieran arrancado á su lira todas las notas de que era ella capaz, al igual de tantos otros bardos y escritores de genio auténtico á quienes los cuidados é incertidumbres de la vida, por ser su arte no sólo improductivo, sino oneroso, impidieron el cultivo sostenido de su vocación. Igual cosa ha acontecido en el dominio de las bellas artes en general: lo exiguo de nuestro medio y la desproporción entre nuestras capacidades y la dura realidad, mata el estímulo para la producción artística. Donde aquel falta, ésta se agota y muere.

En efecto, raro es entre nosotros el poeta ó el escritor cuya obra literaria, digna de éste nombre, alcance á más de un volúmen. Entre ellos, bien sea porque su inspiración fué más imperiosa ó porque pudieron dedicarse sin trabas al cultivo de la literatura, es preciso de manera especial citar á Pombo, el autor de *Edda*, de *Preludio de Primavera*, de *Hora de Tinieblas*, cuya obra honra una literatura; á J. M. Marroquín, autor de *Blas Gil*, de *El Moro*, de *La Perrilla*, cuyas novelas pueden compararse con las mejores de autores españoles; á Miguel Antonio Caro, el autor de la *Oda á la estatua de Bolívar* y eximio traductor de Virgilio, quien resiste el parangón con Bello y con Menéndez Pelayo, y á José Asunción Silva, por último, el autor de *El Libro de Versos* y de *De Sobremesa*, quien rompió el primero entre nosotros los moldes de la antigua métrica castellana y cuya obra poética ocupa altísimo puesto en la literatura hispano-americana.

Por extraño que pueda parecer, fué creencia muy arraigada entre nosotros que el hacer versos era signo inequívoco de carencia de aquello que llamamos „sentido práctico”: al poeta lo aplaudíamos á dos manos, puede decirse que lo admirábamos, más descendiendo á las realidades de la vida, no le confiaríamos la gestión de nuestros intereses particulares. Esta creencia popular cerró muchas puertas á poetas y escritores, y Silva fué victima de ella. Sin embargo, por aberración que se explica por la influencia que desde tiempos remotos ejerció entre nosotros la pluma sobre las masas, el literato, y en especial el poeta, tiene fácil acceso al escenario de la política, no obstante que esta debiera ser considerada como la ciencia de las realizaciones, y ha conquistado con frecuencia en los comicios no sólo la curul del legislador sino

el solio presidencial, lo que ha contribuido á divulgar la creencia de que Colombia es nueva república ateniense y la ciudad del águila negra Atenas suramericana. Debo aquí detenerme y declarar que, como hogotano, me apresuro á renunciar á la parte de honor que pudiera caberme en tan pomposo título. Silva también la habría renunciado.

Otros aspectos de nuestra compleja mentalidad contribuyen á explicar la contradicción apuntada: la poca importancia que hemos prestado á la competencia en la gestión de los negocios públicos cuando entran en juego los intereses de la política; la confusión que hacemos con frecuencia, en tratándose de cuestiones abstractas, entre imaginación y preparación, brillante y fugaz aquella, ésta sólida, pero discreta; el no discriminar las formas variadas de la inteligencia y su aplicación profesional y el pensar que aquella luminosa bandera cubre, sin discernimiento, en un mismo haz, las aptitudes del poeta, las del gramático y las del gobernante; la seducción que en nuestra imaginación de origen andaluz despierta el artículo de periódico escrito en estilo vibrante é impecable, la proclama ó manifiesto de frases sonoras, el programa político amplio y sugestivo, que será fácilmente calificado de „pieza magistral”. Inútil es insistir en que eminentes gramáticos y poetas resultaron apenas mediocres como gobernantes.

Pero aconteció que no todos los escritores y poetas colombianos se resolvieron — *genus irritabile vatum* — á abdicar de su personalidad ni á hacer auto de fé con lo más caro que poseían: sus ideas, cuando ellas se hallaban en pugna con las doctrinas de la Iglesia, que eran las del gobernante. Colocado entonces al márgen de la vida, el poeta, si carecía de fortuna personal, se lanzaba á la guerra civil, á hacerse

matar, como tantas veces ocurrió, ó buscaba precario refugio en las oscuras oficinas de un periódico de oposición, y terminaba fatalmente por hallar en los paraísos artificiales, en el fondo de la botella de Verlaine, el olvido de su decadencia. Mas si se resistía á descender la escalera que conduce á los lóbregos sótanos de la bohemia, entonces le era permitido pensar en la Muerte, en dormir bajo de una lápida

el último sueño del que nadie vuelve,
el último sueño de paz y de calma.....

FRUTO de linajuda estirpe, José Asunción Silva nació en Bogotá el 27 de octubre de 1863. Fueron sus padres don Ricardo Silva, acaudalado comerciante y al mismo tiempo ático autor de artículos de costumbres, y doña Vicenta Gomez de Silva, en quien la hermosura iba de par con el señorío. Abolengo, fortuna, distinción, inteligencia, hicieron de aquel matrimonio ornato de la alta sociedad bogotana de su época. Era José Asunción el mayor de sus dos harmanas, Elvira y Julia, que heredaron de su madre ingenio, virtud y belleza, é hizo sus primeros estudios en el colegio regentado por don Ricardo Carrasquilla, el apreciable escritor que con Marroquín, Vergara y Vergara, José David Guarín, Caicedo Rojas, Eugenio Díaz y el mismo Ricardo Silva, hacía parte de las tertulias literarias de *El Mosaico*, en donde Gutierrez González leyó, por primera vez, su bella poesía *El cultivo del maíz*. Corta fué su permanencia en aquel plantel, y muy joven entró á colaborar en el almacén de

artículos de lujo de su padre, ya que algún día él tendría que manejar el negocio que hacía vivir á la familia.

No por trajinar con facturas y letras de cambio, dejó Silva de lado el cultivo de los libros. Movido por temprana é irresistible vocación, dotado de múltiples facultades, en la rica biblioteca de su padre halló los maestros que comenzaron á modelar su inteligencia y á pulir su gusto literario. El dinero, los libros!, he aquí los dos términos, en apariencia opuestos, en que él cifró su vida desde que salió de la infancia hasta la muerte. Durante el día el tráfigo y el roce mercantil, prosaico de suyo aún cuando sus manos manejen frascos de perfume, finas telas de seda y estatuillas de bronce; durante la noche, la evasión del espíritu, el libro del autor favorito, la página blanca en donde verterá su pristina inspiración: así ascribió Silva su primera poesía, *Crisálidas*:

.....al dejar la prisión que las encierra
qué encontrarán las almas?

Fácil es ver en ella la influencia de Becquer ó de Querol. Es su primera manera. Años despues vendrán las aguas fuertes, aquellas *Gotas Amargas* escritas bajo la inspiracion de Schopenhauer y de Baudelaire:

.....un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo..... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.....

En ésa época Silva, sabiendo que escribiría en castellano y que el castellano sería su instrumento de labor, estudió los mejores autores españoles; pero preciso es confesar que, aparte de la riqueza en la rima, escasa es la huella que de ellos podamos descubrir en su obra poética. Su espíritu inde-

pendiente se acomodaba difícilmente á los moldes clásicos de la métrica en uso hasta entonces, y deseando verter ideas viejas en moldes nuevos,

soñaba en ese entonces en forjar un poema
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema.

Al cumplir Silva veinticuatro años, su padre lo envió á Europa á fin de estudiar la posibilidad de ensanchar el negocio con la apertura de nuevos créditos y de renovar el surtido de mercancías. Estuvo en Londres, pero la mayor parte de su estadía la hizo en Paris, cuyo ambiente le era familiar por sus lecturas desde mucho antes de su viaje. Despues de un año de ausencia, regresó á Bogotá. Su permanencia en Europa, que parece no contribuyó de manera especial al desarrollo de los negocios, fué decisiva para marcar un rumbo preciso á su inspiración. Más lejos aún: élla despertó en el joven poeta y comerciante bogotano una sed de aspiraciones, difíciles de realizar con mediana fortuna, que no habría de apagarse ya.

Coincidió aquel viaje con la merma del capital paterno por causa del papel moneda de curso forzoso y del empobrecimiento general. Los beneficios derivados en el negocio de mercancías apenas alcanzaban para atender á los gastos de la familia, de suyo elevados á causa de su posición social. En éstas circunstancias murió don Ricardo, y quedaron así al cuidado de José Asunción su madre y sus dos hermanas. Comenzó entonces para él una nueva vida, durante la cual fué hijo y hermano modelo: hasta la ruina definitiva, ocurrida varios años despues, se dedicó á mantener en pie un edificio vacilante, ocultando á los suyos sus preocupaciones materiales, cuidando de sostener el tren de su casa en el mismo nivel de

épocas de opulencia. Fueron seguramente éstos para Silva años de lucha atroz, que nadie conoció. El arte fué para él entonces carro de luz que lo transportaba, acompañado de mujeres de leyenda, á sitios prestigiosos y lejanos que ya nunca habitaria. Nace de aquí que su obra literaria sea esencialmente exótica e imaginativa.

Permitidme evocar aquí el primero de sus *Nocturnos*, que data de ésa época:

Poeta! di paso
los furtivos besos!.....

La sombra! Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un solo rayo. Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso.
Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
el contacto furtivo de tus labios de seda.....
La selva negra y mística fué cámara sombría.
En aquel sitio el musgo tiene olor de reseda.....
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día;
entre las nieblas pálidas la luna aparecía.....

Poeta! di paso
los íntimos besos!

Ah! de las noches dulces me acuerdo todavía!
En severo retrete do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
desnuda tú en mis brazos fueron míos tus besos,
tu cuerpo de veinte años, entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía,
tus frescuras de niña y tu olor de reseda.....
Apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería.....

Poeta! di paso
el último beso!

Ah! de la noche trágica me acuerdo todavía!
El ataúd heráldico en el salón yacía.
Mi oído fatigado por vigalias y excesos
sintió como á distancia los monótonos rezos.
Tú, mustia, yerta y pálida, entre la negra seda.....
La llama de los cirios temblaba y se movía;
perfumaba la estancia un olor de reseda;
un crucifijo pálido los brazos extendía,
y estaba helada y cárdena tu boca que fué mía!.....

FRA Silva entonces, y hasta el fin de su vida lo fué, de impecable y aristocrática apostura. Ojos negros y luminosos, nariz aquilina, tez pálida, boca bien dibujada, bigote y barba negros y sedosos, partida ésta en dos como la de los ismailitas nobles. Vestía siempre de negro y calzaba con esmero. La cabeza cubierta por el hongo carmelita con cinta negra. En la indispensable corbata blanca, picaba un alfiler con brillante del que pendía una perla en lágrima. Las manos blancas, de uñas pulidas y recortadas en almendra, porque Silva, que se pagaba mucho de su persona, tenía entre todas dos pueriles vanidades: la de sus pies y la de sus manos. „Todo respiraba en él — escribe el ilustre Guillermo Valencia-distinción y rareza: tenía del *Des Esseintes*, de Huysmans y del *Dorian Gray*, de Oscar Wilde; del *señor de Phocas*, de Juan Lorrain, y del infatigable creador *Pío Cid*, de Angel Ganivet”. Y el crítico español Eduardo

Zamacois añade: „Así debió ser, efectivamente, a juzgarle por los dos únicos retratos que de él se conservan”.

Al regresar Silva a Bogotá, parecía que todas las aspiraciones le fueran permitidas. Su posición social, su inteligencia, su apostura, el mismo prestigio que entonces daba a un joven el haber hecho un viaje á Europa, le hubieran abierto, si lo hubiera querido, posibilidades desconocidas para otros. Pero con un gesto de altivo desdén, el optó por confinarse en su torre de marfil. Como Phinéas al regresar á Jerusalén, él hablaba que su patria se alimentaba de casuismo réligioso y político, y que á la lucha de la agora era preferible la religión de la belleza. De ésta suerte los años corrieron para el poeta amando en imaginación el lujo de las artes, los placeres de una civilización feliz, las mujeres que forjaba su fantasía, y murmurando quizás, en el silencio nocturno de su gabinete, el verso del poeta:

La libertad más dulce que el imperio
y más hermosa que el laurel la oliva!

Silva se hallaba en ésta época en la plenitud de su talento. Una larga preparación había fijado su orientación literaria. Vientos de revolución agitaban el mundo de las ideas en los dominios de la filosofía y del arte en general. Oscar Wilde y Ruskin en Inglaterra; D'Annunzio y Ferrero en Italia; Blasco Ibáñez en España; Eça de Queiroz en Portugal; Schopenhauer en Alemania; Rubén Darío en Centro América; en Rusia Tolstoi, María Bashkirtseff y Dostoyevsky; en Francia Bourget, Baudelaire, Verlaine, Renan, Zola, Maupassant, los Goncourt, Barrès, Leconte de Lisle, Taine y Anatole France, aparecían como los maestros de la escuela que derribaba los viejos ídolos románticos. La ciencia invadía el do-

minio de la literatura, y la psicología lanzaba un rayo de luz sobre la oscuridad de la conciencia. Se animaron entonces los personajes de la historia, y los creados por la imaginación vivieron vida normal, como la nuestra. Silva no se afilió a escuela determinada — neo clásicos, simbolistas, decadentes, parnasianos — y dejó que el capricho fuese el guía de su inspiración. Romántico, dirán unos, citando los *Nocturnos*; naturalista, afirmarán otros, mostrando las *Gotas Amargas*. Quizás debemos dejar de lado las definiciones, y declarar que Silva fué sólo „el poeta”.

Vejece es una de las poesías que mejor caracterizan el estro de Silva. Oídla:

Las cosas viejas, tristes, destefiadas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria;
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.
Colores de anticuada miniatura,
hoy de algún mueble en el cajón dormida:
cincelado puñal; carta borrosa;
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida;
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el líquen verde;
misales de las viejas sacristías;
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardais de lo pasado los reflejos;

arca en un tiempo de ducados llena;
 crucifijo que tanto moribundo
 humedeció con lágrimas de pena
 y besó con amor grave y profundo;
 negro sillón de Córdoba; alacena
 que guardaba un tesoro peregrino
 y donde anida la polilla, sólo;
 sortija que adornaste el dedo fino
 de algún hidalgo de espadín y gola;
 mayúsculas de viejo pergamino;
 batista ténue que a vainilla hueles;
 seda que te deshaces en la trama
 confusa de los ricos brocateles;
 arpa olvidada que al sonar te quejas;
 barrotes que formais un monograma
 incomprensible en las antiguas rejas:
 el vulgo os huye, el soñador os ama,
 y en vuestra muda sociedad reclama
 las confidencias de las cosas viejas.....

La obra poética de Silva es por desgracia muy reducida, debido á lo corto y á lo agitado de su vida, para que la huella apuntada sea en ella perceptible. Mas basta leer *De Sobre-mesa* para adivinar la influencia que en su novela, que ha sido calificada de artificiosa, ejerció la técnica de los hermanos Goncourt, y de D'Annunzio. Ella nos revela al par que la rara cultura artística y literaria de Silva, su exaltación ardiente por una mujer jóven, hermosa y muerta, calificada por sus admiradores de „divinidad viviente” y á quien él conoció al través de su *Diario*: María Bashkirtseff. Si á la fuerza debiéramos poner un nombre de mujer á la inspiradora del *Nocturno*, pienso que el de la jóven escritora rusa no debe ser olvidado. La apasionada admiración del artista por la dulce muerta, fluye al través de la novela citada. La página



siguiente no es acaso un *Nocturno* en prosa? Es Silva quien habla por la boca de Fernández:

.....Jamás figura alguna de virgen, soñada por un poeta, Ofelia, Julieta, Virginia, Graziella, Evangelina, María, me ha parecido más ideal ni más conmovedora que la de la maravillosa criatura que nos dejó su alma escrita en los dos volúmenes que están abiertos ahora, sobre mi mesa de trabajo y sobre cuyas páginas cae, al través de las cortinas de gasa japonesa que velan los vidrios del balcón, la diáfana luz de esta fresca mañana de verano parisense... El amor que á la Bashkirtseff profesamos algunos de hoy, tiene como causa verdadera é íntima que ese Diario, en que escribió su vida, es un espejo fiel de nuestras conciencias y de nuestra sensibilidad exacerbada. Hay frases de aquel Diario que traducen tan sinceramente mis emociones, mis ambiciones y mis sueños, mi vida entera, que no habría podido jamás encontrar yo mismo fórmulas más netas para anotar mis impresiones... Feliz tú, muerta ideal que llevaste del universo una visión intelectual y artística y á quien el amor por la belleza y el pudor femenino impidieron que el entusiasmo por la vida y las curiosidades insaciables se complicaran con sensuales fiebres de goce, con la mórbida curiosidad del mal y del pecado, con la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir á las manos y acumularán en el fondo de los cofres el oro, esa alma de la vida moderna! Feliz tú que encerraste en los límites de un cuadro la obra de arte soñada y diste en un libro la esencia de tu alma, si se te compara con el fanático tuyo que á los veintiseis años, al escribir estas líneas, siente dentro de sí bullir y hervir millares de contradictorios impulsos encaminados á un solo fin, el mismo tuyo: poseerlo todo! Feliz tú, admirable Nuestra Señora del Perpétuo Deseo!"¹⁾

La revolución de ideas y de procedimientos que he acabado de bosquejar, trajo como consecuencia la necesidad de renovar, en la poesía, los moldes antiguos. En lo que hace á la

¹⁾ María Bashkirtseff nació en 1860 en la propiedad señorial de Paronzi, cerca de Pultava (Rusia meridional), y murió en París en 1884.

poesía castellana, las nuevas generaciones, sin querer renegar del todo de la métrica que tradujo la inspiración de sus más grandes poetas, hallaban ahora que ella era deficiente como única forma de expresión de las tendencias innovadoras. Fué Rubén Darío el primero que, desde París, lanzó á la América hispana con su hermosa *Marcha Triunfal*, el pregón de la nueva escuela. Cabe aquí apuntar que en ése mismo momento — y como si el viento llevase por sobre los mares el polen renovador — Silva, en el distante Bogotá, domaba nuevos metros y escribía aquel *Nocturno* del que hablaré adelante, único en su clase en castellano, que sólo puede hallar paralelo en *El Cuervo*, de Poe.

Ya entonces Silva, como si la sola poesía no bastara para exteriorizar todo su pensamiento y necesitase de forma más amplia, aunque menos sugestiva de expresión, había comenzado á escribir una serie de novelas cortas, cuyos personajes en unas y otras irían unidos por hilo sutil, y que reuniría en uno ó más volúmenes con el título de *Cuentos Negros*. El destino adverso que parece precidió á la vida de Silva, hizo que los manuscritos de aquella obra se perdieran en el naufragio del vapor *Amérique*, cuando más tarde regresaba de Caracas á Bogotá. Recuerdo el título de dos de las novelas desaparecidas: *Del agua mansa.....* y *Un Ensayo de perfumería*. Pérdida grande fué ésta para la literatura colombiana.

NODO haría pensar, en las condiciones que he ensayado de bosquejar, que no obstante su vacilante situación financiera, la vida de Silva podía todavía correr en Bogotá perezosa y sosegada, como la de tantos otros que también escribieron allí versos y fueron escritores y poetas de renombre. Todo lo tenía, salvo una situación desahogada de dinero; pero acaso todo mundo debe ser rico, y deja si no lo es de vivir como los otros hombres? Verdad es; mas grave error sería el de medir á Silva con el mismo metro con que medimos al hombre de la calle. Qué era Silva? en qué creía? cuales fueron sus reacciones ante el medio?, qué parte se asignó en la vida? El se encarga de responder á éstas preguntas en *Carta abierta*:

„Es que usted y yo, señora, más felices que los otros que pusieron sus esperanzas en el ferrocarril inconcluso, en el ministro incapaz, en la sementera malograda ó en el papel-moneda que pierde de su valor, en todo eso que interesa á los espíritus prácticos, tenemos la llave de oro con que se abre la puerta de un mundo que muchos no sospechan y que desprecian otros; de un mundo donde no hay desilusiones ni existe el tiempo; es que usted y yo preferimos al atravesar el desierto los mirajes del cielo á las movedizas arenas, donde no se puede construir nada perdurable; en una palabra, es que usted y yo tenemos la chifladura del arte, como dicen los profanos, y con esa chifladura moriremos... Los dos hemos escogido en la vida la mejor parte, la parte del ideal, la parte de María, y mientras que Marta prepara el banquete y lava las ánforas, nosotros, sentados á los pies del maestro, nos embelesamos oyendo las parábolas”.

Al abordar aquí el punto neurálgico de la vida de Silva y el origen mismo de su drama interior, más intenso que el de su muerte, preciso es dar una ojeada al escenario en donde en suerte le tocó representar su papel. Ya tuve ocasión de apuntar el lento desenvolvimiento de las transformaciones

naturales. Las sociedades no escapan á esa regla: la evolución de su idiosincrasia es también lenta y no se precipita por el progreso. Pueden cruzar los aviones el espacio y las ondas inundar de armonías la choza perdida en lo más cerrado de la montaña: tan magnas realizaciones tendrán poca influencia sobre los espíritus. El temperamento de una ciudad no varía fácilmente, al igual de lo que ocurre en el hombre.

Al finalizar el siglo XIX poca diferencia existía entre el Bogotá de esa época y el Santafé del siglo XVII: la misma distancia abrumadora de todo centro civilizado, propicia para el establecimiento de una rancia dictadura sobre las conciencias y obstáculo á la difusión de la cultura general; las mismas escalas sociales: arriba, una sociedad refinada, abajo, la gran masa ignara que se movía como una marea á la voz de los caudillos; el mismo ambiente de convento y de salón de baile, de cuartel y de academia, de insustancialidad y de aticismo; la misma censura en las ideas; la misma pobreza mental en la enseñanza, y para repetir la frase de Arguedas „el mismo cansancio de la vida de ciudad pequeña donde ningún hombre es de veras libre”. Sólo la imaginación de Wells podría concebir el trasplantar á Byron, en su integridad psíquica, á la Ginebra de Calvino. Cómo concebir á Silva, que había visitado Londres y París en su época más brillante, cuyo cerebro se había nutrido en Renan, en Wilde, en Baudelaire, transportado en la máquina para recorrer el tiempo al Santafé del virrey Eslaba? Y sin embargo, y por inverosímil que parezca, tal fué lo que aconteció. Ni el comercio de ideas que él mantenía con reducido número de amigos, ni el esplendor de nuestra naturaleza, ni la hermosura de nuestras mujeres, ni la belleza incomparable de nuestras noches, lograron colmar la ansiedad de su alma atormentada.

De otro lado, no debe olvidarse que en aquel entonces, más que hoy, el escritor estaba divorciado del público por falta de vehículo que sirviera de transmisor de ideas: el periodismo, que no conocía el desarrollo actual, era escaso y dedicado sólo á conducir campañas de política doctrinaria ó candente, como reflejo del estado de los espíritus tras de repetidas luchas civiles; el libro en general, y en especial el de autor nacional, carecía de mayor circulación; revistas como el *Papel Periódico Ilustrado*, fundado por Alberto Urdaneta quien dejó en ésa simpática empresa su fortuna personal, y el *Repertorio Colombiano*, de incierta aparición como que su edición era costeadada por sus colaboradores, habían naufragado en la bancarrota: y cómo hubiera podido ser de otra manera? El poeta debía contentarse con recitar sus versos en cenáculos de amigos ó con publicarlos en hojas de vida efímera, que hoy eran y mañana desaparecían olvidadas.

El desequilibrio entre Silva y su medio parece que estaba, como se ve, consumado. Pero no era ésto todo. Silva, que poseía muchas relaciones, carecía de amigos. Los que hubieran podido serlo por su elevada posición social, eran en lo general jóvenes que no entendían de literatura, á quienes poco interesaban, salvo algunas de las *Gotas Amargas*, los versos de aquel tipo un tanto excéntrico, que no gustaba del licor, que no había aceptado el hacerse socio del Jockey Club, que no daba puñetazos y que era incapaz de montar un potro bravo y de ganar la carrera de honor en el hipódromo de la Magdalena. Los que pudieran haberlo sido por confraternidad literaria, ó eran viejos maestros que habían segado sus laureles en los huertos clásicos, miembros de la Academia Colombiana de la Lengua correspondiente de la Real Española, y que miraban con desconfianza al joven innovador que ya se había

encargado de proclamar que los críticos, oh manes de Taimayo y Baus! no lo entenderían, ó eran jóvenes llenos de talento, representantes del chiste bogotano, que hacían chispeantes epigramas y hablaban de literatura en fumosos bodegones, en torno de la mesa guarnecida de copas. En cuanto á las mujeres, oh, no todas, felizmente!, que juzgaban á Silva afeminado — no obstante su negra barba que él acostumbraba acariciar con su mano blanca, en tanto que de soslayo se miraba en el vecino espejo — se mordían los labios al oírlo recitar, con el ritmo onomatopéyico que le era peculiar, *los Maderos de San Juan* ó *el Día de Difuntos*. Inútil decir que los banqueros desconfiaban de aquel comerciante desesperanzado que había escrito *Psicopatía* y *Mal del Siglo*, y con palabras amables, pues eran sus amigos, le negaban nuevos créditos.

De ésta suerte Silva sintió poco á poco que el vacío se hacía á su alrededor, que él era como extranjero en su propia ciudad, ya que nada le interesaba de lo que constituía el motivo de vivir de sus paisanos. Así puede explicarse que el medio ambiente que no oxidó las cuerdas de la lira ni puso puntos trágicos en la vida de Caros, Ortices, Fallons y Pombos, terminó por asfixiar á quien no pudo asimilarlo. Silva, entonces, se refugió más que nunca en su mundo interior, en el afecto de los suyos, en el cultivo de los libros, en una intensa producción, y tuvo como amigos, a más de algunos jóvenes poetas y escritores que hicieron luego la gloria de su generación, a tres o cuatro muchachos, sin pretensiones literarias y recién salidos de la universidad, en cuyo número me conté.

En nuestra amistad con Silva hubo una parte de sincero afecto personal y otra de ingénua admiración por su obra literaria. Nos veíamos con frecuencia. Era hoy en matinal

paseo al jardín de San Diego, en donde sentados en un banco, á la sombra del salvio que le ha sobrevivido, nos recitaba la última poesía retocada en la noche, ó disertábamos „sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero” á propósito del último volúmen recibido por la Librería Nueva. En otras ocasiones, al azar de un encuentro callejero, nos daba cita para la noche en su residencia de la calle 12. Cuán lejos se me aparecen ahora, despues de tantos años y desde mi retiro de Paris, aquellas deliciosas tenidas! Aún veo el amplio cuarto de estudio. Discreta luz, mullida alfombra, un diván de seda roja. Contra los muros, anaqueles con libros. Al frente, una reproducción de arte de la *Primavera*, de Botticelli. En el centro, el amplio escritorio, sobre el cual se veían algunos bronces, el bade de tafilete rojo con el monograma en oro del poeta, algunas revistas extranjeras. Diseminados aquí y allá, sillones de cuero y gueridones con imponente cantidad de ceniceros, pues quienes allí nos reuníamos, á comenzar por el dueño de casa, éramos fumadores empedernidos. Despues de media hora de charla, Silva daba comienzo á la lectura. Previamente se había graduado la luz de la lámpara y se había puesto á nuestro alcance un velador en el cual invariablemente se veían una caja con cigarrillos egipcios, algunas fuentes con sandwiches, un ventrudo frasco con vino de Oporto — que debo confesar no era producto Gilbey — y tres copas: Silva no bebía nunca vino ni licor; en cambio fumaba de manera aterradora.

Aún me parece verlo y oirlo en aquellas inolvidables lecturas. Bien se tratara de uno de los *Nocturnos* ó de un capítulo de los *Cuentos Negros*, su bien timbrada voz variaba de inflexión según el ritmo del verso y de su sentido ó del diálogo entre sus personajes, marcando los adjetivos, como